

Un mensaje bíblico

PARA TODOS

Jesús, el jefe de la fe

Hebreos 12:5-11

La educación de la fe: la disciplina paterna Formación de los hijos y garantía del amor del Padre

Las palabras claves de estos versículos son “disciplina” e “hijos”. Disciplina significa educación, preparación para la vida de adulto. Se trata de una formación espiritual en la escuela de Dios para adquirir la madurez. La palabra “hijos” (citada seis veces) resalta, no nuestra *relación* de hijos según el apóstol Juan (Juan 1:12; 1 Juan 3:1), sino nuestra *posición* de hijos adoptados, es decir, puestos como adultos en la heredad de Dios (Romanos 8:14-17; Gálatas 4:6-7).

La disciplina es la prueba del amor del Padre, quien se ocupa de todos sus hijos sin excepción (v. 6 y 8). No obstante, Satanás intenta hacernos creer que nuestras dificultades demuestran lo contrario. Pero estos versículos ofrecen tres testimonios de este amor del Padre:

1. La prueba por las Escrituras (v. 5-6)

– La educación y el ánimo (v. 5). Los hebreos habían “olvidado” las declaraciones de la Palabra de Dios y estaban desanimados. Esta cita de Proverbios 3:11-12 resalta nuestra filiación y subraya el motivo de esta disciplina: el amor de Dios. “Yo reprendo y castigo a todos los que amo” (Apocalipsis 3:19). Las Escrituras siempre nos darán la verdadera dimensión y perspectiva de nuestras dificultades y nos harán

comprender su razón. “Porque toda la Escritura es útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir...” (2 Timoteo 3:15-17). Jonás, cuando se hallaba en la más grande angustia en el vientre del pez, pudo entonar un cántico y orar pronunciando palabras de los Salmos. Esas remembranzas lo ayudaron a volverse a Dios y a recibir las lecciones de la prueba. Nuestras oraciones son, pues, nutridas de pasajes bíblicos.

También es necesario evitar dos escollos cuando estamos bajo la disciplina:

- 1º Despreciar la prueba o tomarla a la ligera, sin dar la importancia debida a lo que Dios quiere enseñarnos, como si esto no nos concerniera.
- 2º Desanimarse o dejarse aplastar bajo el peso de la prueba, como si Dios estuviera contra nosotros (Génesis 42:36). Nunca olvidemos que “a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien” (Romanos 8:28).

– Educación y corrección (v. 6). Este versículo subraya dos modos de formación: la educación (él “disciplina”) y la repreensión (él “azota”). Un hijo puede ser conducido por los “ojos” de Dios o con “cabestro y con freno” (Salmo 32:8-9; 33:18), según sea dócil o no. La corrección también procede de la mano del Padre. Este “castigo” nunca proviene de un Padre irritado, y la expresión «ira del Padre» no se halla en la Palabra. Como creyentes, nosotros estamos definitivamente al abrigo de la ira de Dios (Romanos 5:9), la cual caerá sobre todo aquel que no cree en el Hijo de Dios (Juan 3:36), sobre todos los que han despreciado el don de Cristo (Hebreos 10:29-31). Cuando, después de una desobediencia, Dios “castiga”, él puede emplear circunstancias difíciles para conducirnos al arrepentimiento y hacernos volver a él. Pero estas dificultades nunca sirven como expiación o reparación,

porque sólo Jesucristo expió nuestros pecados. Sólo mediante la confesión de nuestras faltas podremos gozar nuevamente del perdón de Dios y de su comunión.

2. La prueba por la experiencia (v. 7-9)

¿Un padre amaré verdaderamente a su hijo si lo deja obrar a su antojo, sin corregir sus malos comportamientos, sin darle una educación justa y recta? Aquel que nunca es corregido, ¿será un verdadero hijo?, pues todos los hijos están bajo la disciplina paterna. La educación que recibimos nos da la prueba de nuestra filiación. En nuestra infancia nos beneficiamos de la educación que nos dieron nuestros padres, educación evidentemente manchada de imperfecciones, pero que tuvo resultados. Si nos sometimos a nuestros padres, ¡cuánto más debemos someternos a nuestro Padre celestial, quien nunca comete errores! Él es el “Dios (o Padre) de los espíritus” (Números 16:22; 27:16; Eclesiastés 12:7), quien nos dio la vida y un espíritu, por medio del cual entramos en relación con él. Esta disciplina desarrolla, pues, la vida espiritual de quien se somete a ella (Isaías 38:15-16), y lo transforma a la imagen del Padre. Rehusarla podría conducirlo a la muerte del cuerpo (Job 36:12). La educación terrenal, falible, sólo es para nuestros pocos años, mientras que la de nuestro Padre celestial, según su conocimiento infinito de nuestras verdaderas necesidades, tiene la perspectiva de la eternidad.

3. Los resultados benéficos de esta educación (v. 10-11)

– Primer objetivo: participar de la santidad de Dios (v. 10). Las pruebas son diversas en duración e intensidad, y están adaptadas a cada caso, pero todas convergen hacia el mismo fin: nuestro bien, “para que participemos de su santidad”. La santidad es la entera consagración a Dios y la separación de todo mal. Es descubrir quién es Dios. Ella es el fruto de su gracia en nosotros. En Cristo estamos en una posición perfecta,

“santos y sin mancha delante de él” (Efesios 1:4), pero es necesario que nuestra vida diaria esté en armonía con la posición que nos ha dado. Él no exige esta santidad como una obligación legal, pero quiere hacernos participar de su santidad, de su comunión.

– Segundo objetivo: dar fruto apacible de justicia (v. 11). Nuestro Padre sabe que el camino de la prueba es difícil y doloroso. Cuando nuestra propia voluntad quebrantada se somete a la suya, gozamos de la paz, consecuencia de una vida recta. Mientras nos resistamos, seremos desdichados (Isaías 57:18-21). La verdadera felicidad se halla en la aceptación de esta formación. Incluso se habla de gozo, no bajo los golpes de la disciplina, sino más tarde, cuando la prueba haya producido sus frutos (Romanos 5:3-4). La sumisión es el único medio para sentir la paz de Dios. No olvidemos que la prueba tiene numerosos objetivos, y no solamente el de la disciplina. Cualquiera que sea su carácter, tiene por meta final la gloria de Dios (Juan 9:1-3; 1 Pedro 1:7).

El creyente debe tomar, pues, en serio, con confianza y sumisión, la educación paterna, con la convicción de que es un hijo muy amado y que Aquel que ha comenzado en él una buena obra, la acabará perfectamente (Filipenses 1:6).

Sacado de «Sondez les Ecritures» vol. 12. Traducido del francés.

PARA TODOS



Suscripción gratuita, escribir al editor:

Ediciones Bíblicas
PARA TODOS
1166 Perroy (Suiza)

Impreso en Suiza. Publicación mensual.

Si usted no tiene la intención de guardar esta hoja, tenga la amabilidad de entregarla a otra persona interesada. Para la difusión gratuita entre cristianos, se permite fotocopiar esta hoja (por favor no cambiar el texto, ni borrar nuestra dirección).